La literatura peruana

Antonio Cornejo Polar

En las exposiciones anteriores se ha insistido en el carácter complejo y contradictorio de la geografía, la sociedad y la cultura del Perú. Me toca hablar de la literatura peruana y no puedo dejar de reiterar ese tópico: nuestra literatura es, también, contradictoria. Quisiera remarcar dos hechos: que la literatura peruana es mucho más antigua que el Perú y que es, vista de cerca, varias literaturas... Aludo con esto último no sólo al contraste entre una literatura «culta» y una literatura «popular», sino, sobre todo, a la existencia de literaturas en lenguas nativas, especialmente en quechua, que indudablemente forman parte de ese complejo de sistemas literarios al que reconocemos bajo el nombre de literatura peruana. Creo que el gran reto para la crítica e historia de la literatura peruana es el de asumir esa compleja variedad, justipreciar sus virtudes peculiares y articularlas dentro de un marco que las intercomunique y las interprete globalmente. Me parece que ese marco no puede ser otro que el de la historia social del Perú. Después de todo, la canción quechua, el cuento popular o la novela moderna son formas mediante las cuales la disgregada conciencia del país, sus distintos grupos étnicos y sociales, van dando cuenta de su pertenencia a esta realidad convulsa y a veces desorientadora. Por esto es por lo que decía que la literatura peruana es, en realidad, varias literaturas.

Pero dije también que la literatura del Perú es más antigua que el Perú. Evidentemente, si se opta por una interpretación político-estatal, el Perú nace en 1821 y su primera literatura es la de la Independencia; pero creo que a nadie escapa que esta interpretación es pobre e incorrecta, sobre todo porque la emancipación, como lo han demostrado algunos historiadores jóvenes, no significa una ruptura decisiva en el proceso de nuestra sociedad.

Quisiera plantear el asunto en términos específicamente literarios. Desde 1821 la literatura del Perú republicano fue ganando para sí una tradición, al mismo tiempo que, como es obvio, iba desarrollándose hacia el futuro. En el siglo XIX nos apropiamos de la literatura colonial y la convertimos en parte de nuestra historia literaria. Hay que recordar a este respecto que en el Perú el hispanismo, pese a la Independencia, fue mucho más fuerte que en otros países de la región; por consiguiente, la literatura virreinal calzó con facilidad en el proceso histórico que formalmente se iniciaba sólo en 1821. Tal vez fue don Ricardo Palma quien más hizo por articular nuestra literatura republicana naciente con la secular literatura de la Colonia.

Hacia los años 20 y 30 de este siglo, que es un período de intensa crisis nacional, se ganó una nueva profundidad histórica: por entonces, en efecto, se asumió que las literaturas indígenas prehispánicas eran también parte de nuestra tradición literaria. Hasta entonces todas las historias de la literatura peruana comenzaban con un capítulo sobre la literatura colonial; desde entonces, en cambio, todas comienzan con un capítulo destinado a la literatura prehispánica. Se había ganado, pues, un tiempo más antiguo y una nueva tradición quedaba reivindicada. No está demás

BOLETÍN AEPE Nº 30. Antonio CORNEJO POLAR. La literatura peruana. (Un resumen)
Centro Virtual Cervantes

añadir que si la apropiación de la literatura colonial fue obra de los hispanistas, la de las literaturas prehispánicas corrió a cargo de los indigenistas.

Todo lo anterior indica que, a trazos gruesos, la literatura del Perú tiene tres grandes épocas: la prehispánica, la colonial y la republicana. Esta clasificación puede ser, sin embargo, engañosa; lo es, en todo caso, si se toma como una secuencia en la que cada etapa cancela la anterior. Ciertamente no es así: la literatura prehispánica pervive, como literatura indígena moderna, hasta nuestros días. Por supuesto que su supervivencia es azarosa, como literatura subordinada que expresa la conciencia de grupos dominados social y étnicamente, pero eso no implica que deje de ser una literatura admirable. Por lo demás, en los últimos años, la literatura quechua, que era la más conocida y apreciada, está compartiendo su lugar con otras literaturas de las que apenas se tenían noticias: las literaturas orales de la región de la selva.

La literatura peruana moderna tiene, pues, una doble tradición, pero habría que entender que esta duplicidad implica un conflicto, pues no se trata de dos tradiciones distintas sino de dos tradiciones opuestas. En las crónicas, que es el sector más interesante de la literatura colonial, este conflicto está diseñado con toda claridad. De primera intención se trata de los esfuerzos recíprocos que realizan las dos culturas enfrentadas por conocer y comprender a la otra y más tarde de la estrategia de la sociedad española por dominar, también en el plano de la cultura, a la sociedad indígena. Me parece que en las crónicas está el germen de lo que será más tarde la literatura del Perú republicano. Después de todo, la sociedad peruana sigue siendo hoy una sociedad colonial...

En la literatura de la República hay, también, dos tendencias básicas. Estoy esquematizando, por supuesto, pero es posible detectar un desarrollo literario que primero es hispanizante, que luego es —como se decía entonces— «cosmopolita», y que finalmente —ahora— se internacionaliza. En el lado opuesto está la literatura que se define por su apego a lo nacional, entendido en términos indígenas, y que puede llamarse nativista, regionalista o indigenista. Insisto en que se trata de un esquema muy simplificado, pero es bastante claro que tienen poco en común un poeta como César Moro, que escribe en francés una buena parte de su poesía, y que participa activamente en el movimiento surrealista francés, y un narrador como José María Arguedas, que expresa la cosmovisión del hombre andino, que escribe sus novelas quechuizando el español y que escribe todas sus poesías directamente en quechua. Son, obviamente, dos tendencias.

Me interesa aclarar que este diseño no es necesariamente valorativo. Por supuesto que algunas manifestaciones de la primera vertiente implican una cierta y deplorable actitud colonizada, pero esas son —más bien— excepciones. El trasfondo auténtico de este tipo de literatura es la opción por la modernidad; y esa opción es, a mi criterio, absolutamente legítima. De manera similar, en el otro lado de nuestra literatura, es posible encontrar ejemplos de una falaz y peligrosísima «folklorización» de nuestra literatura, pero aquí también se trata de excepciones que no invalidan el proyecto de producir una literatura nacional enraizada en el Perú antiguo y en la modernidad indígena.

Tal vez por esto las cimas más altas de la literatura peruana sean las obras de quienes de una u otra forma se instalaron en el centro mismo del conflicto nacional y lograron hacer estéticamente productiva la contradicción que define al Perú. No sé si lograron una síntesis, pero estoy seguro de que fueron peruanísimos y universales, de que respetaron admirativamente la vieja tradición indígena y que al mismo tiempo se apropiaron sin reparos de la modernidad, de la modernidad indí-

BOLETÍN AEPE Nº 30. Antonio CORNEJO POLAR. La literatura peruana. (Un resumen)
Centro Virtual Cervantes

gena y de la modernidad occidental. Quisiera referirme sobre todo a dos nombres: César Vallejo y José María Arguedas.

Como se sabe, Vallejo nació en Santiago de Chuco, un pequeñísimo pueblo de la sierra norte del Perú, y murió en París, angustiado por la inminente derrota de la República Española y por lo que esa derrota significaba para todo Occidente. Pero la universalidad de Vallejo no está dada por su inserción en la historia mayor de su tiempo, ni tampoco por su asimilación crítica (muy crítica a veces) de las vanguardias literarias y de las poéticas de entonces; la universalidad de Vallejo viene de más lejos y de más hondo, de su capacidad para extender y profundizar una visión del hombre y del mundo que tiene muy claras raíces en la cultura andina y una también muy clara aptitud para entender, vivir y transformar la contemporaneidad, aquí o en cualquier parte. Aludo a su devoción por el hombre material y terreno y a su intensa y activa fraternidad universal. Creo que detrás de esto, que es el sustrato ético que subyace en toda gran poesía, y que por supuesto tiene manifestaciones formales específicas, está vigente un conjunto de valores que son a la vez definidamente andinos y plenamente universales.

José María Arguedas tenía una admiración enorme por Vallejo. Parafraseando una frase bíblica, José María Arguedas solía decir: «En el principio estaba Vallejo»; y esa no era sólo una frase, un elogio de circunstancias, sino representaba la conciencia de que su propia obra era una continuación —continuación transformadora— de la obra del poeta. De hecho Arguedas tiene una concepción del mundo muy similar a la de Vallejo: su eje es, también, la fraternidad, esa virtud andina que todavía pervive en los *ayllus* de la sierra peruana. Pero Arguedas añade ciertos contenidos míticos y los añade porque los asumió como propios durante su infancia, cuando sólo hablaba quechua, y porque mucho más tarde los reivindicó, como formas de una racionalidad distinta pero legítima, cuando se desempeñó profesionalmente como antropólogo. En lo esencial, Arguedas amplía el horizonte de la fraternidad a la naturaleza e imagina un mundo donde si alguien llora todos (hombres, animales, plantas) sufren y donde si alguien goza todos (y nuevamente ese «todos» es universal) se sienten felices. Naturalmente Arguedas sabe que esta integración cósmica está diariamente negada y maltratada por la maldad y la injusticia, pero también sabe que el hombre es capaz de transformar el mito en historia. Por esto, Arguedas como Vallejo, son escritores revolucionarios.

Debo añadir que Arguedas, que creía en la unidad, era plenamente consciente de la pluralidad cultural y real, sobre todo de la pluralidad que define al Perú, pero él veía en esa pluralidad una verdadera opción de plenitud y universalidad. Por esto, poco antes de suicidarse, escribe una frase —hermosísima— con la que quisiera terminar: «En el Perú —decía Arguedas— todo hombre no embrutecido por el egoísmo puede vivir, feliz, todas las patrias.» Creo que esta frase dice bien esa síntesis de nación y universo a la que nos hemos referido antes. Ojalá que todos encuentren esa felicidad, prometida por Arguedas, en las muchas patrias que forman el Perú.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Antonio CORNEJO POLAR. La literatura peruana. (Un resumen)
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes